Un nuevo espejo
La hoguera encendida: una entrevista a Aleida Violeta Vázquez Cisneros

Fátima del Rocío Dávila Ramírez*

DOI: https://doi.org/10.52501/cc.455.10

Fátima: Quisiera empezar a platicar contigo sobre tu poesía, porque tengo entendido, por tu semblanza, que tu abuela y tu mamá eran versadoras.

Aleida: Mira, resulta que yo, desde muy niña, prácticamente desde que yo tengo uso de razón —cuatro o cinco años— empecé a ser consciente de la práctica del verseo en mi tierra, pero más que en mi tierra, en mi casa. Mi abuela y sus hermanas y hermanos solían decir versos cuando llegaban a una casa o a la casa de un familiar, en convivios, y yo veía que se intercambiaban versos en las bodas y festividades del pueblo. Eso lo tenía en la casa de mi abuela materna, llegaban muchos familiares, pero cuando llegaba su hermano mayor, Rufino Bracamontes, ellos intercambiaban versos. Como que se decían su cariño y gusto de verse a través de versos, entonces llegaba y le decía a mi abuela una cosa como "ya llegué mi vidita mía / no te hagas desentendida / con todo mi cariño / hoy te doy los buenos días", y mi abuela le contestaba con algo similar, y eso para mí era de "qué bonito es eso". Me parecía algo exageradamente bonito, y yo fui creciendo con eso. En las fiestas, cuando entregaban a las novias en casamiento, en el altar, también hay una persona, tengo en mente a una persona a la que hace poco le hicieron un homenaje: doña Bertha Calleja. Yo recuerdo mucho que ella era la que entregaba a las novias con versos. Era una práctica recurrente en el

* Licenciada en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato. Es docente a nivel bachillerato en el Departamento de Lenguas de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Correo electrónico: fatima260300@gmail.com

pueblo, y eso me impregnó. Parte de esta crianza en el verseo influye que desde niña tuve orgullo de ser negra y de que mi familia fuera negra.

Cuando viajo a Guanajuato capital a estudiar —yo tendría como ocho años—, recuerdo que mi abuela nos dijo "pórtense bien, échenle muchas ganas", pero algo que me quedó bien grabado en el corazón y en la mente fue "y acuérdense que los negros también somos chulos, los negros también somos dignos". Entonces yo llego a Guanajuato, yo de ocho años, mi hermana de 11 y mi hermano de seis; y empezamos a vivir algo que nos hacía sentir muy mal, que nos incomodaba demasiado, que nos hacía sentir coraje y que nos fastidió un rato la vida. No sabíamos que se llamaba racismo, solo sabíamos que era algo muy feo. Nos empezaron a decir "pinche negra", "pinche enana", "tapón de alberca". Un día a mi hermana la agarraron en un estado no-zen, y un chico se puso a bailar atrás de ella cantando "estoy tan enamorado de mi negra Tomása…", pero saltando y haciéndonos burla. Mi hermana voltea y le dice "negra Tomása tu chingada madre", y lo agarró de los cabellos —era un chico más grande y alto que nosotras— y le puso una madriza, yo te juro que hasta el día de hoy se ha de acordar. Después de eso decía él "con la pinche negra no se metan, porque es bien brava", entonces a mí se me quedó grabado que a chingadazos funciona. Te lo digo porque éramos muy niñas, pero son cosas que te marcan para la vida, hoy yo me puedo carcajear de eso pero nosotras no entendíamos qué era el racismo, que era porque nosotras veníamos del sur, que hace 30 años muy poca gente sabía que acá en la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca hay mucha población negra.

De hecho, cuando viajábamos en camión le pedían las credenciales a mi mamá y a mis tías, y les preguntaban "¿De dónde son?" y le explicaban que veníamos de Cuajinicuilapa, y el comentario frecuente de los trabajadores de los autobuses era "es que no parecen mexicanas, parecen afroamericanas o cubanas" porque son mujeres negras, con el cabello afro. Eso no ha dejado de suceder, me sucede a mí. Una vez me detuvieron en un Walmart de Chiapas porque traía el pelo más alborotado, entonces nada más como pude me amarré el pelo, pero mi pelo es así p'arriba. Me detuvieron, casi hacen que me quite los zapatos y la ropa. Te cuento esto porque en términos de práctica racista nuestro país no ha avanzado, eso le sucede a mis tías, a mí y a millones de mujeres y hombres negros en este país. Tal vez lo

que ha hecho la diferencia fue esta crianza que yo tuve, de que mi abuela siempre ha estado muy orgullosa de su color. Yo veía a mi abuela peinarse con un chongo alto, y ella guardaba dinero, tabaco, pasadores y otras cosas. Yo no guardo nada, yo nada más me lo hago por comodidad, pero cuando yo vengo a leer, a conocer, a participar de estas colectivas de mujeres negras empiezo a leer cosas, a descubrir cómo esta conexión con África, con todas estas prácticas y esta memoria está en el ADN, pero también en la epigenética, que son estos aspectos que están alrededor de todo lo que nos compone genéticamente; se guardan estas memorias y me doy cuenta de la conexión que hemos tenido con el continente africano. Todo el tiempo, y que no se va a borrar, mucho menos ahora que estamos en esta lucha; y gran parte de estas memorias, tanto individuales como colectivas, han sido parte importante de mi inspiración y de lo que yo plasmo en mis poesías. Entonces, no sé si me extendí mucho, pero es así a grandes rasgos como nace la poesía en mi vida. Te puedo decir que la poesía y el canto han sido parte crucial en mi existencia porque he ido de la mano con ellas, yo no sé si podría separar el canto de la poesía o viceversa.

Yo empecé a escribir a los 10 años en Guanajuato, por iniciativa de mis maestros, en especial Lázaro Gutiérrez Jaramillo; pero antes con una maestra con la que practicaba declamación, bueno, porque también mi madre declama desde que estaba en el kínder. Mi mamá, que aparte es muy impresionante para mí que se acuerde de las poesías que decía en el kínder, actualmente tiene 67 años, y se acuerda perfecto de las poesías que decía. Nadie la enseñó a declamar, pero ella siempre participó en concursos de poesía, sacando los primeros lugares. Es una mujer muy inteligente y talentosa, que canta y declama. Y yo como que no tenía para dónde darle en ese sentido. Mi madre me pone Violeta por la cantautora chilena Violeta Parra, porque antes de que nosotras naciéramos ella la escuchaba; y Aleida por esta parte revolucionaria social de América Latina, la hija de Ernesto "Che" Guevara de la Serna se llama Aleida. Mis tíos y ella, conocedora de estos procesos, influenciaron en mi nombre. Sí siento que esto tiene mucho que ver con lo que yo soy ahora. Primero escribía de mis primeros amores, de una manera muy básica, de mi abuela y mi madre que han sido figuras muy importantes para mí, de gran inspiración; pero después componía calaveritas, muy populares en Guanajuato.

Entonces en noviembre era de componer calaveritas, un día compuse unas y se las mostré al maestro, le pareció maravilloso. Ahí me di cuenta de que lo que escribo gusta y lo ponen de ejemplo. "Aleida es muy inteligente, con todo y las circunstancias de que no es de aquí y viene de un pueblo en Guerrero, y ella le echa muchas ganas" y cosas así le decía a mis compañeros y a los chicos de otros grados. "Miren lo que compone", eso fue un aliciente muy importante para mí y es parte de esta reafirmación en la vida, de tus capacidades y talentos, y eso ha sido muy importante. Pasa el tiempo, yo sigo practicando sobre todo la declamación en la secundaria y me acuerdo perfecto de que cuando tenía 13 años en algún concurso de declamación yo leo por primera vez a Nicolás Guillén, es un poeta cubano, afroantillano, que tiene una poesía que se llama "Balada de los abuelos". Esa poesía se la dan a una compañera y yo recuerdo que cuando leí la poesía dije "no, no, no, no, es que esto lo tengo que decir yo", porque nunca había leído nada así. O sea, había leído a Sor Juana en la primaria, había empezado a leer autoras como Alfonsina Storni —y a mí me gusta mucho Alfonsina— y otras poetas latinoamericanas, pero no había leído poesía negra o una poesía con la cual yo me sintiera tan identificada. Entonces, cuando me encuentro con Guillén, yo le pedí a mi maestra que me diera la poesía, no lo hizo, no quiso. Ya ni quería decir la poesía que me tocó, al final la declamé, pero me quedó muy marcada esa poesía de Nicolás. Cuando yo leía "Balada de los abuelos" yo lo que hacía era trasladar del género masculino al femenino, del cual yo tenía referencia porque yo tenía a mi abuela negra y mi abuela blanca. Mi abuela negra es por parte de mi madre, y por parte de mi padre yo tenía una abuela que se asumía india, ella decía "yo soy india cruda" pero era una mujer blanca, ojos claros y pelo claro. Entonces yo leí esa poesía y me hacía todo el sentido de esta mezcla, porque aparte desde niña tenía este cuestionamiento de dónde veníamos, por qué en Cuaji la mayoría de las personas éramos negras, y en toda la región. Y pues yo viajaba a la Ciudad de México o Guanajuato y no veía tanta gente negra como en mi pueblo. Yo veía también en la tele gente africana y yo decía "ay, pero si somos iguales, ¿por qué la gente de África se parece tanto a nosotros?". Ahora sé que nosotros somos los que nos parecemos a ellos, porque de allá llegamos, pero cuando era niña así era, de preguntar y preguntar, y que nadie me supiera contestar. Era muy frustrante. Entonces cuando leo a Guillén y escucho a

un maestro de la primaria que nos dijo que con Hernán Cortés llegaron personas africanas me voló la cabeza. Le pregunté cómo sabía de eso, y él me dijo que en los archivos de la nación lo decía, y yo preguntaba dónde estaban esos archivos de la nación y él me dijo que en México. Yo pensaba "¿cuándo voy a llegar yo a esos archivos de la nación?". Yo era una niña y no tenía idea, pero siempre crecía más mi curiosidad. Empecé a buscar en las bibliotecas de Guanajuato y no encontraba nada. Cuando llegué a Acapulco, ya a los 16 años, también me fui a la biblioteca central de la ciudad y recuerdo que lo que pregunté fue como "Oiga, ¿tienen libros de África?". Yo lo que hice fue agarrar el más grande y más bonito y me puse a leer. Como que por más que leía como que no conectaba, veía fotos y dibujos, mapas del continente africano, pero yo me quedé hundida en una foto de una mujer ataviada con muchos colores y un turbante en la cabeza, que yo no sabía que se llamaba así, con su hija o hijo al lado y su cántaro al otro lado. Cuando la vi, empecé a recordar muchas cosas de mi infancia, porque a mí me gustaban, y era muy criticada, porque me gustaban mucho las ropas de colores chillantes, que me notara siempre. Era una cosa que a mí me ha llamado la atención desde siempre, a mi madre la he visto vestida muchas veces así, y yo veía y oía que la gente criticaba a mi mamá por vestirse así. Después con los años me topé con el libro de Aguirre Beltrán, que es uno de los pioneros en la investigación de la población negra en México. Me encontré en mi casa una copia del libro *Esbozos de un pueblo negro* que se hizo en Cuaji, fue una revelación. Por eso somos así, claro, por eso nos gusta lo que nos gusta.

Empecé a entender muchas cosas. Para este tiempo yo había dejado de escribir y también mis primeros escritos se perdieron porque lo hago en papel. Se generó en mi como un vacío, no sé, como de haber perdido una parte de mí. También dejé un rato la escritura porque una se tiene que ganar la vida, hacer una carrera y buscar ser alguien y no sé qué. Sabemos bien que el arte en este país es elitista, entonces no te la crees que puedas vivir de cantar y hacer poesía, tienes que hacer algo normal. Me dediqué a otras cosas, pero no dejé la curiosidad que siempre estuvo y está latente, de saber cómo llegamos aquí y quiénes somos, por qué todo esto que nos pasa en la vida. Voy entendiendo muchas cosas, y una vez viviendo en Copala, a un tipo al que yo le vendía quesos y carne, se le ocurre preguntarme: "¿A poco

sí eres de Cuaji?" y se me hizo una pregunta que se ha hecho recurrente toda mi vida. "¿De dónde eres? Un día me preguntaron: "¿Por qué no hablas como Marimar?", era una maestra de secundaria, yo solo contesté que no estaba tonta, y que ninguno en Acapulco hablaba así. A nosotras desde niñas nos acostumbraron a "hablar bien", con la pronunciación correcta del español, a diferencia de otras personas en Cuajinicuilapa, que no pronuncian la "s". La verdad no me imagino haber nacido en otro lugar que no sea aquí, y he tenido la oportunidad de arraigarme aquí, mis primeros y más grandes amores ocurrieron en la tierra que me vio nacer, que amo profundamente. Me ha permitido tomar cosas que me han servido en la vida, y siempre quiero regresar.

También me ha permitido pensar en cómo romper con estas brechas que existen, tener acceso a los derechos y oportunidades que mucha gente de aquí no tiene y que yo sí tuve a mi alcance. Eso también ha importado a la hora de escribir poesía, a la hora de desenvolverme en los lugares a los que voy, a la hora de contar mi historia. A veces pienso "¿no deberíamos todos hacer eso? En un mundo ideal, ¿no deberíamos salir de nuestras comunidades que amamos para tener la oportunidad de elegir?". Mi madre siempre dijo "quiero que conozcan a otra gente, otros ambientes, que su horizonte sea más grande que el mío", ella también tuvo la oportunidad de estudiar fuera de su pueblo, eso ayudó para que nosotras pudiéramos salir. Eso marcó una diferencia entre nuestra experiencia y la de otras mujeres negras de la región. Creo que todo esto que ha pasado en mi vida marcó mi forma de componer. Siempre trato de plasmar las aristas de mi experiencia como una reivindicación de nuestra centralidad, quiero decir, que nosotras somos dueñas de una cultura milenaria, que no nació de la esclavitud. La conformación genética y epigenética fenotípica es de hace milenios, y estamos aquí en México por lo menos desde hace 500 años. Hemos construido un país. Además, no hay una belleza única para las mujeres y nosotras somos nuestro propio parámetro de belleza. Eso es importante a la hora de construirnos a nosotras mismas y nuestra autoestima. Siguen dejándonos atrás a la hora de nuestros derechos. Tenemos derecho a existir en una sociedad donde haya de todos los colores, todas las formas, todos los tamaños, todas las representaciones, maneras de hablar, comer y ser; y tenemos derecho de vivir en nuestros cuerpos de mujer. Creo que esos son los principales

ingredientes de mi poesía. Cuando me encuentro con estos cuestionamientos siempre hay mucha tela de dónde cortar. Siempre trato, por medio de la escritura, de darle la vuelta a la situación y encontrar respuestas, porque no solo es una persona la que tiene pensamiento racista, son muchas, y nosotras tenemos que responder. Hay que invitarlos a que se levanten de su lugar, muy cómodo, y que cuestione sus privilegios.

Otra de mis inspiraciones han sido los espejos, los espejos en mi casa, el espejo que es mi pueblo, y es importante que las niñas de hoy también vean esos espejos, que puedan verme y verse en mí, darse cuenta de que son bonitas y tengo mi propia belleza. Es importantísimo porque quiere decir que ya estamos aceptándonos, que nos queremos así y vivimos amando la piel que tenemos. Después de ese punto las cosas empiezan a suceder de forma diferente, y los demás también se dan cuenta, y puedes reclamar que eres valiosa por simplemente existir. Llegar a ese punto da fuerza y da poder, que son factores muy importantes para construir una realidad diferente colectivamente. Y entonces, claro, componer y compartir poesía en todos los lugares a los que voy ha sido muy enriquecedor, aunque no sé si más para mí o para las personas que me escuchan. Francamente a mí me ha llenado de mucha fuerza e inspiración escuchar a las niñas que se nombran cien por ciento afro sin la necesidad de haber visto o escuchado que alguien más se los dijera, se siente que algo bueno estamos haciendo.

Fátima: Retomando lo de generar nuevos espejos para las infancias afrodescendientes, ¿podrías ahondar más?

Aleida: Lo que he pensado en los últimos años, y que he reflexionado mucho en eso, es el hecho de cómo yo asumí mi negritud. En cómo yo siempre me sentí segura y bonita, aún me siento una mujer muy bonita. Recuerdo cuando yo veía a las niñas que participaban para ser reinas de la primavera, y cómo esas niñas eran hijas de personas que venían de otro lugar, blancas, eran las elegidas para estos eventos, gente que no era del pueblo. Desde ese entonces yo me cuestionaba "¿Por qué ellas, si nosotras estamos bonitas?", veía mi entorno y todas éramos niñas negras, incluso yo era de una piel más clara que la de mis otras amigas. Siempre fueron cuestionamientos interiores, mi hermana siempre dice que soy muy analítica, muy meticulosa al momento de pensar, mis opiniones no las digo a la primera. Como a los 10 u 11 años empecé a preguntarle a mi mamá por qué las niñas

blancas eran consideradas lindas, y nosotras al ser niñas negras era como si automáticamente no podíamos serlo. Escuchaba los comentarios que la gente le hacía a mi mamá de cómo por haberse casado con un blanco había "mejorado la raza", mi mamá siempre nos decía que la gente era tonta, tal vez ella tampoco sabía muy bien qué contestar a eso. Es complicado explicarle todo eso a una niña.

Todo eso va formando parte de tu vivencia y tus emociones, es muy importante también toda esa parte psicológica que se va impregnando en ti. Siempre estaba preguntando a mi mamá, había ocasiones en las que sí quedaba conforme con sus respuestas, pero a veces no, y entonces yo preguntaba en otras partes o me ponía a leer, o simplemente me quedaba con esos vacíos porque no había más información. Mucha de esa información la he tenido hasta la actualidad, pero lo que sí tenía y tengo presente son esas manifestaciones de orgullo de ellas, sobre todo de las mujeres de mi casa, de ser como son. Es impresionante cómo yo las tengo en mi cabeza, la forma en que se vestían, cómo portaban su cabello afro, cómo caminaban. Yo las veía y te juro que pensaba "cuando sea grande me voy a pintar como ella, me voy a peinar como ella, voy a caminar así como ella y voy a bailar como ella". Eran ellas, puras mujeres negras.

Cuando empiezo a caminar de manera colectiva me doy cuenta de que sí fue un privilegio con el que he vivido, que ese círculo de mujeres que tuve durante mi niñez demarcó mi experiencia, que no es la realidad de muchas mujeres en este país. Ellas no conocen su raíz afro, no tuvieron esos referentes. Me preguntan seguido cuáles fueron mis referentes, cuáles fueron mis lecturas, y mucha gente espera que le diga nombres como Toni Morrison, Angela Davis, bell hooks, pero a ellas las leí hace poquito tiempo, yo ya escribía poesía negra desde antes de leerlas a ellas. Mis referentes son las mujeres de mi casa. Las mujeres negras de mi casa, con su andar todos los días, con su hablar, con su hacer. Son la reivindicación de esta identidad y orgullo de mujer negra que yo tengo, y eso, en un país y un mundo tan racista, sí es un privilegio. Ha sido un privilegio porque me ha dotado de poder, de seguridad y fuerza para encarar el racismo siempre, desde que era una niña, y de muchas formas; siempre hago frente al racismo desde este lugar, desde esta centralidad que emanamos en una casa de mujeres y hombres negros en una comunidad negra. A mí me parece crucial para la crian-

za que se abrace la identidad afro, para que te sientas bonita y valiosa siendo una mujer negra. Muchas veces, en los inicios de mi activismo, llegaba a las comunidades con esta actitud segura de su negritud y las mujeres me decían que ellas no se sentían así, entonces frente a estas perspectivas puede sonar hasta agresivo lo que tengas que decir. Mis compañeras me decían, me lo hicieron ver, que debía ver la perspectiva de que esas mujeres no crecieron como yo lo hice, que no todas tuvieron una abuela como la mía y no todas crecieron en un entorno como el mío, claro, ¿no? Nadie les dijo que eran hermosas, que eran valiosas, que eran inteligentes. Reconocer nuestra inteligencia también es importante, porque es una carga que nos fastidia la vida, hay que saber que tenemos otras cosas en la vida aparte de la apariencia. Lamentablemente no todas las mujeres tienen esta hoguera encendida, que yo agradezco tener en la mía, porque me ha servido de soporte e inspiración.

Fátima: ¿Cómo ha sido el activismo para ti dentro de Muafro?

Aleida: Lo que a mí me llevó al activismo fue mi poesía. Fue en 2017, yo vivía en Copala y en las carreteras ya se empezaban a ver estos letreros que decían "100% afromexicanos", obviamente supe que hablaban de nosotros. Aguirre Beltrán ya había escrito de nosotros, pero siempre nos llamaba pueblo negro, pero hasta hace muy poco nos empezamos a llamar afromexicanos. Por ese tiempo yo retomé la escritura, a raíz de que un sujeto cuestionara mi negritud, sentí mucha frustración, y cuando me decidí a escribir ya no lo hice sobre las flores y el amor y las nubes; escribí de lo que me estaba sucediendo, de lo que traigo adentro, ese día escribí el primer poema que habla sobre la reivindicación de mi negritud, la poesía se llama "Piel ébano": "¿Qué quién soy? ¿De dónde vengo? / dice la gente curiosa, / soy cuajileña de abolengo, / de sonrisa escandalosa. / Estirpe fuerte, piel hermosa, / esa sangre yo la tengo. / Ébano y diamante negros son cosas de gran valía / Más que eso valgo yo. / Brillo cual mediodía, / mi gente será mi orgullo hasta el final de mis días". Lo subí a una página en Facebook que se llama *Cuajinicuilapa. La perla del pacífico*, y al otro día el video se había reproducido no sé cuántas veces. Yo ya tenía como 900 solicitudes de amistad en Facebook y un montón de mensajes de distintas colectivas regionales, nacionales e incluso internacionales. Ahí yo supe que había un movimiento global por los derechos de las personas afrodescendientes, y dije "de aquí mero soy". Empecé a leer como

enferma, mucha información sobre muchas cosas, después formamos un espacio de mujeres con el apoyo del Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir. Ahí fue la primera vez que compartí mi poesía a más mujeres y en vivo, hubo silencios y hubo llantos de muchas de nosotras, después comenzaron a hablar de sus testimonios, creo que nunca habíamos tenido una charla donde nos identificáramos tanto.

Resultó que había otra compañera que estaba escribiendo, se llama Patricia Ramírez Bazán. Ahí me di cuenta de que la poesía podía ser el medio perfecto para empezar a hacer la revolución, desde ahí seguí escribiendo. He llevado mi poesía a muchos lugares, mi poesía llegó a Brasil, Perú e incluso a Estados Unidos, gracias al internet. Poco tiempo después me empecé a formar como defensora de los derechos y a formar parte de la colectiva Mano Amiga de la Costa Chica. De ahí también me hice miembra de la colectiva de Mujeres Afromexicanas (Muafro). Esta colectiva nació de la necesidad de contar nuestras historias, nuestra experiencia y lo que hemos vivido históricamente; lo que vivieron nuestras abuelas, madres, tías y hermanas. A hacer frente al racismo y al patriarcado.

Algunas reflexiones para terminar

Las expresiones socioculturales de la diáspora africana pueden manifestarse de diversas formas. Al mostrar cómo se está desarrollando el activismo y el habitar negro en la zona de la Costa Chica, no se pretende imponer un modelo a la comunidad afroguanajuatense. Más bien, se trata de visibilizar esa experiencia como una posibilidad, una variante válida dentro de la riqueza y diversidad de la diáspora. Es importante recordar que los movimientos negros no buscan imponer ni oprimir a otros, y mucho menos a sus compañeras y compañeros de diáspora.

El camino hacia el reconocimiento es largo y desigual; hay comunidades más avanzadas en este proceso y otras que apenas inician. Sin embargo, el objetivo común debería ser, en primer lugar, el autorreconocimiento de la herencia africana. Como mujer afrodescendiente, mi visión del mundo se transformó profundamente cuando pude nombrar mis rasgos y vivencias. A partir de ese momento, fui capaz de identificar las violencias que me

atravesaban y la información que me había sido negada, y que el Estado jamás me brindó.

México se convierte en un país mucho más rico en diversidad cultural cuando sus habitantes son plenamente conscientes de su origen, porque solo conociendo de dónde venimos podemos imaginar con claridad hacia dónde queremos ir. Crear espacios donde las voces afrodescendientes sean escuchadas no solo enriquecerá la historia que ya de por sí emana de Guanajuato, sino que permitirá que las afroguanajuatenses construyan comunidad y se reconozcan acompañadas en su habitar.

Reconocerse como afrodescendiente no es un proceso sencillo, especialmente en un país tan atravesado por el racismo y el clasismo. Es completamente comprensible que, hoy en día, muchas personas encuentren difícil identificarse con la diáspora africana, pues hemos sido socializadas para no vernos ni reconocer a las otras, siempre bajo la sombra de una imagen occidental que nos dicta a qué debemos aspirar.

Sin embargo, es necesario abogar por existencias plenas, por reclamar los espacios que históricamente se nos han negado. Ya sea como poetas, escritoras, maestras, fotógrafas, madres o, simplemente, como mujeres, debemos desenvolvernos desde el pleno conocimiento de lo que somos. Miremos el mundo con nuestros propios ojos, no desde la mirada del colonizador.